

soldados empezaron á indisponerse, y haciendo frecuentemente conversacion de Sertorio, pensaban ya en abandonar á Perpna, de quien decian que estaba muy hinchado con su linage y su riqueza: así cuando ya se supó que Pompeyo pasaba los Pirineos, tomando los soldados las armas y las insignias de las legiones, gritaron á Perpna para que los condujese al campo de Sertorio, amenazándole que de lo contrario le dejarían por ir en busca de un hombre que podía salvarse y salvarlos; y Perpna tuvo que condescender con sus ruegos, y marchando al frente de ellos, juntó con las de Sertorio sus tropas, que consistían en cincuenta y tres cohortes.

Abrazaban el partido de Sertorio todos los de la parte acá del Ebro; con lo cual en el número era poderoso, porque de todas partes acudían y se le presentaban gentes; pero mortificado con el desorden y la temeridad de aquella turba, que clamaba por venir á las manos con los enemigos, sin poder sufrir la dilacion, trató de calmarla y sosegarla por medio de la reflexion y del discurso. Mas cuando vió que no cedían, sino que insistían tenazmente, no hizo por entonces caso de ellos, y los dejó que fueran á estrellarse con los enemigos, con la esperanza de que no siendo del todo deshechos, sino hasta cierto punto escarmentados, con esto los tendría en adelante más sujetos y obedientes. Sucedió lo que pensaba; y marchando entonces en su socorro, los sostuvo en la fuga, y los restituyó con seguridad al campamento. Queriendo luego curarlos del desaliento, los convocó á todos al cabo de pocos dias á junta general, en la que hizo presentar dos caballos, el uno sumamente flaco y viejo, y el otro fuerte y lozano con una cola muy hermosa y muy poblada de cerdas. Al lado del flaco se puso un hombre robusto y de mucha fuerza, y al lado del lozano otro hombre pequeño y de figura despreciable. A cierta señal el

hombre robusto tiró con entrambas manos de la cola del caballo como para arrancarla; y el otro pequeño una á una fue arrancando las cerdas del caballo brioso. Como al cabo de tiempo el uno se hubiese afanado mucho en vano, y hubiese sido ocasion de risa á los espectadores, teniendo que darse por vencido, mientras que el otro mostró limpia la cola de cerdas en breve tiempo y sin trabajo, levantándose Sertorio: »Ved hay, les dijo, ó camaradas, como la paciencia » puede mas que la fuerza; y como cosas que no » pueden acabarse juntas, ceden y se acaban poco á » poco: porque nada resiste á la continuacion; con » la que el tiempo en su curso destruye y consume » todo poder, siendo un excelente auxiliador de los » que saben aprovechar la ocasion que les presenta, » é irreconciliable enemigo de los que fuera de sazón » se precipitan.» Inculcando continuamente Sertorio á los bárbaros estas exhortaciones, los alentaba y disponia para esperar la oportunidad.

Entre sus acciones de guerra no fue lo que menos admiracion excitó lo ejecutado con los llamados Caracitanos. Este es un pueblo situado mas alla del rio Tajo, que no se compone de casas como las ciudades ó aldeas, sino que en un monte de bastante extension y altura hay muchas cuevas y cavidades de rocas que miran al norte. El pais que le circunda produce un barro arcilloso, y una tierra muy deleznable por su finura, incapaz de sostener á los que andan por ella, y que con tocarla ligeramente se deshace como la cal ó la ceniza. Era por tanto imposible tomar por fuerza á estos bárbaros; porque cuando temían ser perseguidos, se retiraban con las presas que habian hecho á sus cuevas, y de allí no se movían. En ocasion pues en que Sertorio se retiraba de Metelo, y habia establecido su campo junto á aquel monte, le insultaron y despreciaron, mirándole como vencido; y él bien fuese de cólera, ó bien

por no dar idea de que huia, al dia siguiente muy de mañana movió con sus tropas, y fue á reconocer el sitio. Como por ninguna parte tenia subida, anduvo dando vueltas, haciéndoles vanas amenazas; más en esto advirtió que de aquella tierra se levantaba mucho polvo, y que por el viento era llevado á lo alto: porque, como hemos dicho, las cuevas estaban al norte, y el viento que corre de aquella región, al que algunos llaman *Cecias*, es alli el que mas domina, y el mas impetuoso de todos, soplando de países húmedos, y de montes cargados de nieve. Estábase entonces en el rigor del verano, y fortificado el viento con el deshielo que en la parte septentrional se experimentaba, le tomaban con mucho gusto aquellos naturales, porque en el dia los refrigeraba á ellos y á sus ganados. Habíalo discurrido así Sertorio, y se lo habia oido también á los del contorno; por lo cual dió orden á los soldados de que recogiendo aquella tierra suelta y cenicienta, la fueran acumulando en diferentes puntos delante del monte; y como creyesen los bárbaros que el objeto era formar trincheras contra ellos, lo tomaron á burla. Trabajaron en esto los soldados hasta la noche, hora en que se retiraron; pero por la mañana siguiente empezó desde luego á soplar una aura suave, que levantó lo mas delgado de aquella tierra amontonada esparciéndola á manera de humo; y despues, arreciándose el cecias con el sol, y poniéndose ya en movimiento los montones, los soldados que se hallaban presentes, los revolvian desde el suelo y ayudaban á que se levantase la tierra. Algunos corrían con los caballos arriba y abajo, y contribuían tambien á que la tierra se remontase en el aire, y á que hecha un polvo todavía mas delgado fuese de aquel impelida á las casas de los bárbaros, que recibían el cierzo por la puerta. Estos como las cuevas no tenían otro respiradero que aquel sobre el que se precipita-

ba el viento, quedaron muy luego ciegos, y ademas empezaron á ahogarse, respirando un aire incómodo y cargado de polvo; por lo cual apenas pudieron aguantar dos dias, y al tercero se entregaron: aumentando, no tanto el poder como la gloria de Sertorio, por verse que lo que no estaba sujeto á las armas, lo alcanzaba con la sabiduría y el ingenio.

Mientras que hizo la guerra á Metelo parecia que su buena suerte era en gran parte debida á la vejez y torpeza de este, que no podia contrarestar á un hombre osado, y caudillo mas bien de una tropa de bandoleros que de un ejército reglado; pero cuando despues de haber pasado Pompeyo los Pirineos contrapuso al de este su campo, y dieron uno y otro diferentes pruebas de toda la habilidad y pericia militar, y se vió que sobresalia Sertorio así en acometer, como en saber guardarse, entonces enteramente fue declarado aun en Roma mismo como el mas diestro para dirigir la guerra entre los Generales de su edad. Y eso que no era vulgar la fama de Pompeyo, sino que estaba entonces en lo mas florido de su gloria de resulta de sus hazañas en el partido de Sila, por las que este le apellidó *Magno*, que quiere decir grande; y mereció los honores del triunfo aun antes de salirle la barba. Así es que muchas de las ciudades sujetas á Sertorio, volviendo á aquel la vista, pensaban en mudanzas; sino que recedieron despues de este propósito por el suceso de Lauron, que salió muy al revés de lo que se esperaba. Teníalos sitiados Sertorio, y fue Pompeyo en su socorro con todas sus fuerzas. Habia un collado en la mejor situacion contra la ciudad, y el uno por tomarle, y por impedirlo el otro, movieron ambos de sus campos. Adelantóse Sertorio; y Pompeyo entonces, acudiendo con su ejército, lo tuvo á gran ventura, porque creyó que iba á coger á Sertorio en medio de la ciudad y de sus tropas; y avisando

á los Lauronitas, les dijo que tuvieran buen ánimo, y salieran á las murallas á ver sitiado á Sertorio. Mas este cuando lo supo se echó á reír; y ya le enseñaré yo, dijo, al discípulo de Sila, porque así llamaba por burla á Pompeyo, que el General debe mirar mucho en derredor, y no precisamente delante de sí; y en seguida hizo advertir á los sitiados que habia dejado seis mil infantes en el primer campamento de donde habia salido para tomar el collado, á fin de que cuando Pompeyo le acometiese, lo tomasen estos por la espalda. Echólo tarde de ver Pompeyo: así no se atrevió á combatir, temiendo ser cortado, ni tampoco se resolvió de vergüenza á retirarse y abandonar á los Lauronitas en aquel peligro; mas fuele preciso estar presente y ser testigo de su perdicion: porque aquellos bárbaros desmayaron, y se entregaron á Sertorio. No tocó este á las personas: antes los dejó ir libres; pero lo que es la ciudad la abrasó; no por cólera ó por crueldad, porque entre todos los Generales parece que fue este el que menos se dejó llevar de la ira, sino para afrenta y mengua de los que tanto admiraban á Pompeyo: pues correría la voz entre los bárbaros de que con estar presente, y casi calentarse al fuego de una ciudad aliada, no le dió socorro.

Sufrió Sertorio bastantes derrotas, no obstante que en sí mismo y en los que con él peleaban se conservó siempre invicto, sino que fue quebrantado en otros Generales suyos; pero aun era mas admirado por el modo de reparar estos descalabros, que sus contrarios por la victoria: como sucedió en la batalla del Júcar con Pompeyo, y en la del Turia con el mismo y con Metelo. De la del Júcar se dice haberse dado acometiendo Pompeyo, para que Metelo no tuviese parte en la victoria. Sertorio queria tambien combatir con Pompeyo antes que llegara Metelo; y reuniendo su gente, se presentó á la pe-

lea entrada ya la tarde, reflexionando que las tinieblas serian á los enemigos, extrangeros é ignorantes del terreno, un estorbo para huir, ó para seguir el alcance. Trabada la batalla, hizo la casualidad que no estuviera él al principio opuesto á Pompeyo, sino á Afranio, que mandaba la izquierda, hallándose él colocado en su derecha; pero habiendo entendido que los que contendian con Pompeyo aflojaban y eran vencidos, encargó la derecha á otros de sus Generales, y pasó corriendo á la parte vencida. Reunió y alentó á unos que ya se retiraban, y á otros que se mantenian en formacion, y cargando de recio á Pompeyo que perseguia á los primeros, le puso en desorden, y estuvo en muy poco que no pereciese, habiendo salido herido, y salvádose prodigiosamente; y fue que los Africanos que estaban al lado de Sertorio, cuando cogieron el caballo de Pompeyo engalanado con oro, y adornado de preciosos arreos, al partarlos altercaron entre sí, y abandonaron el alcance. Afranio, desde el momento que Sertorio partió en socorro de la otra ala, rechazó á los que tenia al frente, y los llevó hasta el campamento, en el que se precipitó con ellos, y empezó á saquearlo. Era ya de noche, y no sabia que Pompeyo habia sido puesto en fuga, ni podia contener á los suyos en el pillage. Vuelve en esto Sertorio, que por su parte habia vencido, y sorprendiendo á los de Afranio, que se aturdieron por hallarse desordenados, hizo en ellos gran matanza. A la mañana temprano armó sus tropas, y bajó de nuevo á dar batalla; pero noticioso de que Metelo estaba cerca, mudó de propósito, y se retiró al campamento, diciendo: á fe que al mozuolo este, si la vieja no hubiera llegado, le habria yo dado una zurra, y lo habria enviado á Roma.

Andaba muy decaído de ánimo, á causa de que no parecia por ninguna parte la cierva, y se sentia

falto de este artificio para con aquellos bárbaros, entonces mas que nunca necesitados de consuelo. Por casualidad unos que discurrían por el campo con otro motivo, dieron con ella; y conociéndola por el color, la recogieron. Habiéndolo entendido Sertorio, les prometió una crecida suma, con tal que á nadie lo dijese; y ocultando la cierva, pasados unos cuantos dias se encaminó al sitio de las juntas públicas con un rostro muy alegre, manifestando á los caudillos de los bárbaros que de parte de Dios se le había anunciado en sueños una señalada ventura; y su- biendo despues al tribunal se puso á dar audiencia á los que se presentaron. Dieron á este tiempo suelta á la cierva los que estaban encargados de su custodia, y ella que vió á Sertorio, echando á correr muy alegre hácia la tribuna, fue á poner la cabeza entre las rodillas de aquel, y con la boca le tocaba la diestra, como antes solia ejecutarlo. Correspondió Sertorio con cariño á sus halagos, y aun derramó alguna lágrima, lo que al principio causó admiración á los que se hallaban presentes; pero despues acompañaron con aplauso y regocijo hasta su habitación á Sertorio, teniéndole por un hombre extraordinario y amado de los Dioses, y cobrando ánimo concibieron faustas esperanzas.

En los campos Seguntinos había reducido á los enemigos á la última escasez; y le fue preciso combatir con ellos en ocasión que bajaban á merodear y hacer provisiones. Peleóse denodadamente por una y otra parte; y Memio, el mejor caudillo de los que militaban bajo Pompeyo, murió en lo mas recio de la batalla. Vencía por tanto Sertorio, y con gran mortandad de los que se le oponían trataba de penetrar hasta Metelo, el cual sosteniéndose y peleando alentadamente, fuera de lo que permitía su edad, fue herido de un bote de lanza. Los Romanos, que vieron el hecho, ó llegaron á oírle, se cubrieron de

vergüenza, de que pudiera decirse abandonaban á su General, y al mismo tiempo se encendieron en ira contra los enemigos. Protegiéronle pues con los escudos, y combatiendo esforzadamente, no solo le retiraron, sino que rechazaron á los españoles. Mudóse con esto la suerte de la victoria; y Sertorio, para proporcionar á los suyos una fuga segura, y dar tiempo á que le llegaran nuevas tropas, se retiró á una ciudad montuosa y bien fortificada, cuyos muros empezó á reparar, y á barrear sus puertas, sin embargo de que en todo pensaba mas que en aguantar allí un sitio; sino que así engañó á los enemigos. Porque atendiendo á él solo, y esperando que sin dificultad se apoderarian de la ciudad, no pensaron en perseguir á los bárbaros en su fuga, ni hicieron caso de las fuerzas que de nuevo acudían á Sertorio. Reuníalas en tanto, enviando caudillos á las ciudades que estaban por él, y dándoles orden de que cuando tuvieran bastante número, se lo avisaran por expreso. Cuando ya tuvo estos avisos, saliendo sin trabajo por medio de los enemigos, fue á unirse con su gente; y presentándose otra vez con respetables fuerzas, les interceptaba á aquellos los víveres; los que podían venirles por tierra, armándoles celadas, cortando sus partidas, y apareciéndose por todas partes, sin darse ni darles réposo; y los del mar, por medio de barcos corsarios, con los que era dueño de la marina, en términos que precisados los generales Romanos á separarse, Metelo se retiró á la Galia, y Pompeyo hubo de invernar con incomodidad en los Vaceos por falta de fondos; escribiendo al Senado, que regresaría con el ejército, si no se le enviaba dinero; porque ya había gastado todo su caudal peleando por la Italia; y en Roma no se hablaba de otra cosa sino de que Sertorio llegaría antes á la Italia que Pompeyo: já este punto trajo la pericia y destreza de Sertorio á los

primeros y mas hábiles generales de aquel tiempo! Manifestó el mismo Metelo cuanto le imponía este insigne varon, y cuan ventajoso era el concepto que de él tenia: porque hizo publicar por pregon que si algun Romano le quitaba la vida, le daría cien talentos de plata y veinte mil yugadas de tierra; y si fuese algun desterrado, le concedería la vuelta á Roma; lo que era desesperar de poderlo conseguir en guerra abierta, poniéndolo en almoneda para una traicion. Además, habiendo vencido en una ocasión á Sertorio, se envaneció tanto, y lo tuvo á tan grande dicha, que se hizo saludar Emperador, y las ciudades por donde transitaba le recibían con sacrificios y con aras. Dicese que consintió le ciñeran las sienes con coronas, y que se le dieran banquetes suntuosos, en los que brindaba adornado con ropa triunfal. Teníanse dispuestas victorias con tal artificio, que por medio de resortes le presentaban trofeos y coronas de oro; y habia coros de mozos y doncellas que le cantaban epiniquios ó himnos de victoria: haciéndose justamente ridículo con semejantes demostraciones, pues que tanto se vanagloriaba, y tal contento habia concebido de haber quedado vencedor (por haberse él retirado espontáneamente) respecto de un hombre á quien llamaba el fugitivo de Sila, y el último resto de la fuga de Carbon. De la grandeza de ánimo de Sertorio son manifestas pruebas, lo primero el haber dado el nombre de Senado á los que de este cuerpo habian huido de Roma, y se le habian unido, y el elegir entre ellos los Cuestores y Pretores, procediendo en todas estas cosas segun las leyes patrias; y lo segundo, el que valiéndose de las armas, de los bienes y de las ciudades de los españoles, ni en lo mas mínimo partía con ellos el sumo poder; y á los Romanos los establecía por sus generales y magistrados, como queriendo reintegrar á estos en su libertad, y no aumentar á aque-

llos en perjuicio de los Romanos. Porque era muy amante de la patria, y ardía en el deseo de la vuelta; sino que viéndose maltratado, se mostraba hombre de valor; mas nunca hizo contra los enemigos cosa que desdijese; y despues de la victoria enviaba á decir á Metelo y á Pompeyo, que estaba pronto á deponer las armas, y á vivir como particular, si alcanzaba la restitucion; porque mas queria ser en Roma el último de los ciudadanos, que no que se le declarara Emperador de todos los demas, teniendo que estar desterrado de su patria. Dicese que era gran parte la madre para desear la vuelta, porque habia sido criado por ella siendo huérfano, y en todo no tenia otra voluntad que la suya. Asi es que llamado ya por sus amigos al mando en España, cuando supo que su madre habia muerto, estuvo en muy poco que no perdiese la vida de dolor; porque siete dias estuvo tendido en el suelo sin dar la señal á los soldados, ni dejarse ver de ninguno de sus amigos; y con dificultad los demas caudillos y otras personas de autoridad, rodeándole en su tienda, pudieron precisarle á que saliera y hablara á los soldados, y se encargara de los negocios que iban prósperamente; por lo cual muchos entienden que él era naturalmente de condicion benigna, é inclinado al reposo; y que por accidentes que sobrevinieron, tuvo que recurrir contra su deseo á mandos militares; y no encontrando seguridad sino en las armas, que sus enemigos le forzaron á tomar, le fue preciso hacer de la guerra un resguardo y defensa de su persona.

Mostróse asimismo su grandeza de ánimo en la conducta que tuvo con Mitridates: porque cuando este Rey, rehaciéndose como para una segunda lucha del descalabro que sufrió con Sila, quiso de nuevo acometer al Asia, era ya grande la fama que de Sertorio habia corrido por todas partes; y los na-

vegantes como de mercancías extranjeras habian llenado el Ponto de su nombre y sus hazañas. Tenia resuelto enviarle embajadores, acalorado principalmente con las exageraciones de los lisonjeros, que comparando á Sertorio con Anibal, y á Mitridates con Pirro, decian que los Romanos, dividiendo su atención á dos partes, no podrian resistir á tanta fuerza y destreza juntas, si el mas habil General llegaba á unirse con el mayor de todos los Reyes. Envia pues Mitridates embajadores á España con cartas para Sertorio, y con el encargo de decirle que le daría fondos y naves para la guerra, sin solicitar mas de él sino que le hiciera segura la posesion de toda aquella parte del Asia que habia tenido que ceder á los Romanos conforme á los tratados ajustados con Sila. Convocó Sertorio á consejo, al que como siempre llamó Senado; y siendo los demas de dictámen de que se accediera á la propuesta como muy admisible, pues que no pidiéndosele mas que nombres y letras vanas sobre objetos que no estaban en su facultad, iban en cambio á recibir cosas positivas, que les hacían gran falta; no vino en ello Sertorio, sino que dijo que no repugnaria el que Mitridates ocupase la Bitinia y la Capadocia, provincias dominadas siempre por el Rey, y que no pertenecian á los Romanos; pero en cuanto á una provincia que poseída por estos con el mejor título, Mitridates se la habia quitado y retenido, perdiéndola despues, primero por haberla reconquistado Fimbria con las armas, y luego por haberla cedido aquel á Sila en el tratado, no consentiría que volviera otra vez á ser suya: porque mandando él, debía tener aumentos la república, y no hacer pérdidas á trueque de que mandase: pues era propio del hombre virtuoso el desear vencer con honra; pero con ignominia ni siquiera salvar la vida.

Oyó Mitridates esta respuesta con grande admi-

ración; y se dice haber exclamado ante sus amigos: ¿qué mandará Sertorio sentado en el palacio, si ahora relegado al mar Atlántico, señala límites á mi reino, y porque tengo miras sobre el Asia me amenaza con la guerra? Mas con todo hágase el tratado, y convéngase con juramento en que Mitridates tendrá la Capadocia y la Bitinia, enviándole Sertorio un General y soldados; y en que Sertorio percibirá de Mitridates tres mil talentos y cuarenta naves. En consecuencia fue enviado de General al Asia por Sertorio Marco Mario, uno de los Senadores fugitivos que habian acudido á él; y habiendo tomado Mitridates con su auxilio algunas ciudades en el Asia, entrando aquel en ellas con las fasces y las hachas, iba él en pos tomando voluntariamente el segundo lugar, y haciendo como quien dice el papel de criado. Marco concedió la libertad á algunas ciudades, y á otras la exención de tributos, anunciándoles que lo ejecutaba en obsequio de Sertorio; de manera que el Asia, molestanda otra vez por los exactores, y agoviada con las extorsiones é insolencias de los alojados, se levantó á nuevas esperanzas, y empezó á desear la mudanza de gobierno que ya se entreveía.

En España los Senadores y personas de autoridad que estaban con Sertorio, luego que entraron en alguna confianza de resistir, y se les desvaneció el miedo, empezaron á tener zelos y necia emulacion de su poder. Incitábalos principalmente Perpenna, á quien con loca vanidad hacia aspirar al primer mando el lustre de su linage, y dió principio por sembrar insidiosamente entre sus confidentes estas especies sediciosas: ¿qué mal Genio es el que se ha apoderado de nosotros para arrojarnos de mal en peor? nos desdeñábamos de ejecutar, sin salir de nuestra casa, las órdenes de Sila, que lo dominaba todo por mar y por tierra; y por una extraña obcecacion, queriendo vivir libres, nos hemos puesto en una vo-

Intaria servidumbre, haciéndonos satélites del des-terro de Sertorio; y aunque se nos llama Senado, nombre de que se burlan los que lo oyen, en realidad pasamos por insultos, por mandatos y por trabajos en nada mas tolerables que los que sufren los Iberos y Lusitanos. Seducian á los mas estos discursos; y aunque no desobedecian abiertamente por miedo de su poder, bajo mano desgraciaban los negocios, y agraviaban á los bárbaros, tratándolos ásperamente de obra y de palabra, como que era de orden de Sertorio; de donde se originaban tambien rebeliones y alborotos en las ciudades. Los que eran enviados para remediar y sosegar estos desórdenes, volvian habiendo suscitado mayores inquietudes, y habiendo aumentado las sediciones que ya existian: tanto que haciendo salir á Sertorio de su primera benignidad y mansedumbre, se encruelció con los hijos de los Iberos educados en Huesca, dando muerte á unos, y vendiendo á otros en almoneda.

Teniendo ya Perpna muchos conjurados para su proyecto, agregó además á él á Manio, uno de los caudillos. Amaba este á un jovencito de tierna edad, y entre las caricias que le prodigaba le descubrió la conspiracion, encargándole que no hiciera caso de los demas amadores, y solo se aficionase á él, que dentro de breves dias ocuparia un gran puesto. El joven descubre este secreto á Aufidio, otro de sus amadores, á quien él apreciaba mas. Quedóse Aufidio suspenso, porque tambien él entraba en la conjuracion contra Sertorio; pero ignoraba que Manio tuviese en ella parte; y turbado despues al ver que aquel mozo le nombraba á Perpna, á Gracino y á otros que él sabia ser de los conjurados, lo primero que hizo fue desvanecerle aquella idea, exhortándole á que despreciara á Manio, que no tenia mas que vanidad y orgullo; y despues se fue á Perpna, á quien manifestó el peligro y la necesidad que habia de apro-

vechar cuanto antes la oportunidad, instándole á la ejecucion. Convinieron en ello; y disponiendo que uno se presentase con cartas para Sertorio, le condujeron ante él. En las cartas se anunciaba una victoria conseguida por uno de sus lugartenientes con gran mortandad de los enemigos; y como Sertorio se hubiese mostrado muy contento, y hubiese hecho sacrificios por la buena nueva, Perpna le convidó á un banquete con los amigos que se hallaban presentes, que eran todos del número de los conjurados; y haciéndole grandes instancias, le sacó la palabra de que asistiria. Siempre en los banquetes de Sertorio se observaba grande orden y moderacion, porque no podia ni ver ni oír cosa indecente: y estaba acostumbrado á que los demas que á ellos asistian, en sus chistes y entretenimientos guardaran la mayor moderacion y compostura. Entoncés cuando se estaba en medio del festin, para buscar ocasion de reyerta, empezaron á usar de expresiones del todo groseras; y fingiendo estar embriagados, se propasaron á otras insolencias para irritarle. El entoncés, ó porque le incomodase aquel desorden ó porque llegase á colegir su intento del precipitado modo de hablar, y de la poca cuenta que contra la costumbre se hacia de su persona, mudó de postura, y se reclinó en el asiento, como que no atendia, ni oía lo que pasaba; pero habiendo tomado Perpna una taza llena de vino, y dejándola caer de las manos en el acto de estar bebiendo, se hizo gran ruido, que era la señal dada; y entoncés Antonio, que estaba sentado al lado de Sertorio, le hirió con un puñal. Volvióse este al golpe, y se fue á levantar; pero Antonio se arrojó sobre él y le cogió de ambas manos; con lo que hiriéndole muchos á un tiempo, murió sin haberse podido defender.

La mayor parte de los Españoles al punto abandonaron aquel partido, y se entregaron á Pompeyo

y Metelo, enviándoles al efecto embajadores; y de los que quedaron, se puso al frente Perpena con resolución de tentar alguna empresa. Valióse de las disposiciones que Sertorio tenia tomadas; pero no fue mas que para desacreditarse, y hacer ver que no era para mandar ni para ser mandado; pues que habiendo acometido á Pompeyo, fue en el momento derrotado por este; y quedando prisionero, ni siquiera supo llevar el último infortunio como á un General correspondia; sino que habiendo quedado dueño de la correspondencia de Sertorio, ofreció á Pompeyo mostrarle cartas originales de varones consulares y de otros personajes de gran poder en Roma, que llamaban á Sertorio á la Italia, con deseo de trastornar el orden existente, y mudar el gobierno; pero Pompeyo se condujo en esta ocasion, no como un joven, sino como un hombre de prudencia consumada, libertando á Roma de grandes sustos y calamidades. Porque recogiendo todas aquellas cartas y escritos de Sertorio, los quemó todos, sin leerlos, ni dejar que otro los leyera; y á Perpena le quitó al instante la vida, por temor de que no se esparcieran aquellos nombres entre algunos, y se suscitaran sediciones y alborotos. De los que conjuraron con Perpena, unos fueron traídos ante Pompeyo, y perdieron la vida; y otros, habiendo huido al Africa, fueron asaeteados por los Mauritanos. Ninguno escapó sino Aufidio, el rival en amores de Manio; el cual, ó porque se escondió, ó porque no se hizo cuenta de él, mendigo y odiado de todos, llegó á hacerse viejo en un aduar de los bárbaros.

Del padre de Eumenes Cardiano dice Duris haber sido por su pobreza carretero en el Quersoneso; sin embargo de lo cual habia recibido el hijo una honesta educacion, asi en las letras, como en los ejercicios de la palestra; y que siendo todavía muchacho, Filipo, que iba de viage, y se detuvo algun tiempo, concurrió á ver los entretenimientos de los niños cardianos y las luchas de los mozos; y como entre estos se distinguiese Eumenes, dando muestras de ser activo y valiente, agradándose de él, se le llevó consigo. Parece no obstante estar mas en lo cierto los que atribuyen al hospedage y á la amistad con el padre aquella demostracion de Filipo. Despues de la muerte de este á ninguno de cuantos quedaron al lado de Alejandro parecia inferior ni en prudencia ni en lealtad; y aunque no tenia otro título que el de Gefe de los amanuenses, estaba en igual honor que los mas amigos y allegados: tanto que fue enviado á la India con un ejército de único General, y se le dió el mando de la caballería que antes tenia Perdicas, cuando este, muerto Hefestion, ocupó su lugar y mando. Por lo mismo cuando el escudero mayor Neoptolemo dijo despues de la muerte de Alejandro, que él le seguia llevando el escudo y la lanza, y Eumenes llevando el punzon y las tabletas, se le burlaron los Macedonios, por saber que Eumenes, ademas de otras distinciones, habia merecido al Rey la de hacerle su deudo por medio de un enlace. Porque habiendo sido Barsine, hija de Artabazo, la primera á quien amó en el Asia, y de la que tuvo un hijo llamado Hércules, de las hermanas de esta, á Atama la casó con Tolomeo, y á la otra Barsine con Eumenes, cuando hizo aquel reparto de las Persianas, y las colocó con sus amigos.